

Atilio Jorge Caballero

A GUA, SOMBRA, ADEMÁN

En el rectángulo donde el agua apenas cubre los tobillos
un cuerpo se mueve como una suposición.
Parece venir o dirigirse de un pasado tan remoto
como la misma transparencia del líquido
a un futuro no menos incierto.

Las puntas de los dedos y la cabeza oval
insectos que resplandecen a la sombra
en el contorno fosforescente que multiplica su espesor
más profundo y sólido entre las patas
del animal de agua.

Estos insectos, rojos, confunden la visión del espectador
que es forzado sin remedio a la especulación, al vórtice
de las asociaciones, a un cuerpo sin reposo
en la inmovilidad sólo aparente.

Cuando la mirada pierde toda idea de convención
el ademán que asciende deja de ser
la suprema estilización de un gesto.
Cuando la luz se mueve sobre el agua
el parpadeo, semejante a la llama de una vela
parece el ladino del pulso de la noche.

La verdadera inquietud está en preguntarse
si lo que vemos sucedió o está por pasar.
La falaz belleza creada por la penumbra es belleza

auténtica,
 la sombra oculta para destacar lo otro
 aunque nada es invisible: lo invisible se olvida.

Pero no esquivo la sensación de muerte
 en la punta de los dedos, en la voluntad del gesto
 sin que se detenga el gotear en alguna parte del rectángulo
 como una advertencia que insiste en recordarnos
 que algunas cosas son perecederas.

Nada de lo visto cambiará mi vida, sin embargo.
 Nada de la trascendencia aquí.
 La eternidad, esa pantalla triste, parece decir.
Ese pulido soliloquio del hastío.

N OCHES

(Variación sobre un tema de Supervielle)

Delante de ti se levanta un espacio
 que se anticipa y esconde
 privando de luz algunos grabados
 que tu memoria evoca o reconstruye.

Los miras sabiendo que no hay nada
 te resistes a ignorarlos sin embargo
 suponiendo que eso sirva de algo.

La madrugada se desliza hacia la mañana
 con la serena claridad de una madre
 a la graduación de su hijo mayor.
 Y tú tiembles ante la voz
 que huye al acercarse el día.